A charchazos se templó el acero

El libro "Charchazo: el desarrollo en la era de la violencia", del economista Óscar Landerretche, aparece en un momento triste en la vida pública nacional, e intenta explicarlo. Su copiloto en este esfuerzo es uno de los padres de la economía política, el religioso anglicano inglés Thomas Malthus, y su argumento central es que la economía, y por lo tanto la historia, opera en base a ciclos de abundancia y escasez que se suceden inevitable y naturalmente. La abundancia, que suele ser el efecto de cambios tecnológicos, dice Landerretche, "incentiva el crecimiento, hasta que el crecimiento agota la abundancia, y cuando se agota la abundancia viene el ajuste", que es violento. Es decir, se acaba la buena onda y vienen los charchazos. Siguiendo a Peter Turchin, Landerretche advierte que esta competencia violenta es particularmente aguda en la cúspide de la escalera social: los periodos de abundancia hacen crecer a las élites y a los aspirantes a pertenecer a ellas, y los de escasez desatan una batalla campal entre todas las facciones, tratando de reclutar a personas frustradas y enojadas de otros grupos sociales. El populismo, desde que se registra en la Grecia arcaica, funciona así. Cuando la torta se achica, la pelea por los pocos pedazos que quedan se vuelve más brutal, lo que la achica todavía más, hasta que queden pocos para repartírsela, y ahí comienza a crecer de nuevo debido a nuevos rendimientos tecnológicos y a que esos pocos colaboran entre sí en vez de atacarse.El decano FEN reconoce, eso sí, que los mecanismos de ajuste identificados por Malthus han sido, en buena medida, desactivados por el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Los efectos de las plagas, guerras y hambrunas han sido contenidos hasta su mínima expresión. Esto llevó a muchos liberales optimistas a pensar que habíamos hackeado la historia y el futuro sería cada vez mejor. Sin embargo, mediante muchos ejemplos, el libro defiende la tesis de que no se puede escapar de las leyes de la naturaleza. Todo es cambio, nada permanece en su lugar. O, como dice el libro, "los sistemas con retroalimentación retardada oscilan perpetuamente alrededor de un equilibrio o una tendencia de mediano plazo en la que nunca se estacionan". Por lo tanto, no se puede escapar de los ciclos. Y el ajuste tendrá que venir, sino mediante los mecanismos del pasado, mediante mecanismos culturales que generen caídas agudas en las tasas de natalidad, suicidios (asistidos o por desesperación), culturas de la violencia que aseguran una muerte joven (narcos, pandilleros y demases), y novedosos desastres ambientales. Ya estamos viviendo el charchazo.¿Qué hacer, entonces? El libro nos posiciona en medio de un periodo de transición tecnológica, agregando que estos procesos "no son solo ajustes económicos técnicos, sino procesos sociales y políticos, a menudo violentos, que pueden extenderse durante décadas". Generaciones enteras vivas y por venir podrían ser, así, simple carne para la picadora, antes de que las cosas mejoren. Pero el profesor Landerretche, al parecer todavía inspirado en la teodicea de Malthus, pero mezclándola con el estoicismo de Marco Aurelio, se niega al abatimiento. "El mal existe en el mundo no para crear desesperación, sino actividad… La esperanza brota infinitamente del corazón humano", decía el inglés. Y el llamado del decano a los chilenos es parecido: no hay que bajar los brazos, hay que hacernos mejores dando la pelea. El obstáculo, como enseñó el emperador filósofo, es el camino. La tercera parte del libro desarrolla tres propuestas para darle cara al ciclo en vez de simplemente dejarnos llevar: escalar la cadena de valor agregando conocimiento a los recursos que ya producimos. La segunda es la batalla por la calidad en el sistema educativo (no más analfabetismo funcional). Y la tercera es construir un Estado capaz de ejercer la subsidiariedad positiva en materia económica, impulsando una "política de desarrollo de descubrimiento", en vez del antiguo dirigismo a dedo. Todos exigen, por cierto, una tregua contracíclica de élites conducente a la colaboración, a un nuevo pacto social, por un bien mayor. Algo que hoy se ve muy lejano.